

Virgen Santísima, Inmaculada Madre nuestra: dignaos aceptar estos cultos que os hemos consagrado, y los ruegos que al terminarlos os dirigimos. Acoger bajo vuestra proteccion á cuantos en ellos han tomado parte, á los que han contribuido con sus donativos para que se hayan celebrado con tanta ostentacion, y á cuantos en estos dias han acudido á cantar vuestras glorias y á bendecir vuestro nombre. Pero no para nosotros solos pedimos vuestra proteccion: estendedla, Madre nuestra á la Iglesia universal y á su cabeza visible el Romano Pontífice, objeto de tantas persecuciones por parte de ingratos hijos en estos desventurados y calamitosos tiempos. Mirad particularmente por este reino de España que tanto os ama, y donde contais por millares vuestros devotos: libradnos de toda clase de calamidades, de guerra, de enfermedades contagiosas, del hambre y de las demas plagas con que el Señor suele castigar á los pueblos que le son rebeldes. Bendecidnos á todos, clero y pueblo, grandes y pequeños, libradnos de todos nuestros enemigos, y asistidnos en todo tiempo y principalmente en la terrible hora de nuestra muerte, cuando el demonio hará sus mayores esfuerzos por perdernos. Si en tan angustiosos momentos estais Vos á nuestro lado, nada tendremos que temer, porque con vuestro auxilio moriremos en el ósculo del Señor, y despues de haber sido vuestros verdaderos devotos en la tierra, lograremos la inestimable dicha de ver en nuestra compañía y adorar por siempre á vuestro divino Hijo, que con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de Esencia y Trinidad de Personas, vive y reina en la Sion santa de la gloria, por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE

ROGATIVA Á MARÍA SANTÍSIMA

POR FALTA DE LLUVIA Ú OTRA CALAMIDAD PÚBLICA.

Venite ad me omnes qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos.

Venid á mi todos los que estais cargados y atribulados, y yo os aliviaré.

Math. cap. XI, v. 28.

Pueblo cristiano: Si mi corazon se halla profundamente conmovido á causa de la calamidad que venimos experimentando y que ha venido á sembrar la tristeza y la desolacion entre nosotros, en este momento experimento un consuelo extraordinario, que hace rebosar mi pecho en las mas dulces expansiones. Ya me parece que veo terminado el motivo de nuestra afliccion, y creo llegado el hermoso y refulgente dia de la misericordia. Verdad es que aun tenemos sobre nosotros el azote del Señor, que hemos merecido por nuestras culpas: verdad es que miramos al horizonte y no vemos la menor señal que nos anuncie la suspirada lluvia: nuestros campos secos presentan un aspecto aterrador y nos amenazan con una de las ma-

yores plagas que Dios manda sobre los pueblos. ¡El hambre! ¡Que azote tan terrible!... Si la presente calamidad durase, si el Señor no oyese nuestros ruegos veríamos á los pequeñuelos pedir pan á sus madres, y estas en la mayor afliccion les verian perecer por carecer de recursos con que mitigar su necesidad: y el anciano imposibilitado, y el enfermo que sufre el peso de un mal en el lecho del dolor, y... pero apartemos la vista de un cuadro tan triste y tan desconsolador. Si nuestras culpas han atraído sobre nosotros el justo castigo del cielo, tenemos ¡oh felicidad! quien interceda por nuestro favor, quien nos proteja y haga suya la calamidad que nos aflige para alcanzarnos el suspirado remedio. Verdad es que de Dios penden exclusivamente los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas (1). Él solo es pues quien puede socorrernos en la presente calamidad. Pero María es el acueducto de las divinas misericordias y por su mano se complace el Señor en distribuirlas entre sus criaturas. Por esto creo ser un pensamiento feliz el que hemos concebido de escoger por abogada é intercesora nuestra á la Madre de nuestro Dios. Ella será, no lo dudeis, la Esther solícita que presentándose ante la Magestad del Rey del cielo irritado por nuestras culpas, suplicará, intercederá por nosotros y hará que sea revocado el decreto de muerte que pesa sobre nuestras cabezas.

Así es, M. A. O., María que tiene fija su vista sobre nuestras miserias para socorrerlas, que como reveló á su sierva Santa Brígida se ocupa en pedir

(1) Bona et mala, vita et mors, paupertas et honesta á Deu sunt, Ecclij, cap. II, v. 14.

misericordia para los pecadores, que desea apartar de nosotros como buena Madre todos los males y alcanzarnos todos los bienes, tan solo espera que acudamos á ella para acogernos bajo el manto de sus piedades, y tal es el amor que nos profesa, tal su anhelo por socorrernos, que ella misma nos llama á sí, diciéndonos: «Venid á mí todos los que estais cargados de tribulaciones y yo os aliviaré». *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.*

La simple invocacion del nombre de María es un fecundo manantial de consuelos, un rico venero de bendiciones, un bálsamo hermoso de esperanza. Por esto los cristianos de todos los siglos pusieron en ella su confianza, y el afligido en sus momentos mas amargos ha buscado en ella el consuelo, cuando todo lo que le rodeaba no le ofrecia mas que tristes desengaños.

Para justificar el motivo de estos cultos y la confianza que tenemos en ser socorridos por la Santísima Virgen, bástanos recordar que San Gegerio Magno contenia los estragos de la peste, llevando en procesion su imágen. Cuando en el año de 1835, el cólera hacia terribles estragos en Roma, conduciendo al sepulcro las víctimas á millares, cesó el cruel azote como por encanto en el momento de invocarse la proteccion de la Santísima Virgen, presidiendo despues el Sumo Pontífice Gregorio XVI, el acto de consagrar la ciudad eterna á Santa María la Mayor, en prueba de gratitud por favor tan extraordinario, dispensando á los romanos en dias de tan grande calamidad. Con cuán íntimo convencimiento eran pronunciadas en el si-

glo IV estas palabras que se oían por do quiera. «¡Oh nombre de María, bajo el cual no hay que desesperar de nada!» *¡O nomen sub quo nihil desperandum!*

Y que ¿seremos nosotros menos cristianos que los del siglo IV? ¿Desesperaremos en la calamidad presente? ¿No tendremos una ciega confianza en María? Si que la tenemos, y nuestra presente reunion bajo las bóvedas de este augusto santuario, y nuestras lágrimas y los hondos suspiros que exhalamos es una demostracion de nuestra fé y de nuestra confianza. Voy pues á haceros conocer que es imposible dejemos de ser socorridos por María, si nuestras súplicas á ellas dirigidas, van acompañadas de la detestacion de nuestros pecados.

Tal va á ser el objeto del presente discurso. Para que yo pueda constituirme en intérprete de sus piedades y cantor de sus misericordias, supliquemos la gracia del Señor por la mediacion poderosa de la misma Señora. A este fin repitamos las consoladoras palabras que un dia el mas feliz para la humanidad la dirigiera el celestial Parainfo: *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

No estrañaria, mis amadísimos hermanos, que al presenciar esta fervorosa rogativa alguno de esos hombres que no comprenden la economía del cristianismo, se escandalizase y nos dijese: ¿Por qué al veros agoviados y afligidos por una calamidad, acudís á María con vuestros ruegos y súplicas? ¿Por qué no acudís directamente al trono de la Divinidad? ¿No es Dios únicamente el dueño de cuanto existe

y el que gobierna y rige los elementos? Esto es, señores, una verdad innegable, y hace pocos momentos lo hemos dicho y lo repetimos ahora. «De Dios penden exclusivamente los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas:» de su mano está pendiente el destino y la suerte de las criaturas todas y nada hay capaz de resistir á su voluntad. Pero ¿por qué no hemos de acudir á María? ¿No hacemos una diferencia entre los ruegos que á ella dirigimos como intercesora y las súplicas que elevamos al Señor como Omnipotente? Con la confianza del hijo acudimos á la que es nuestra Madre y le decimos con instancia que ruegue por nosotros: *Ora pro nobis:* Este es el lenguaje de la Iglesia para con la protectora benéfica de la humanidad, y esto mismo es lo que hacemos los que conocemos cuanto podemos alcanzar por su intercesion.

Es indudable que la mision de María para con los hombres es la misericordia. El precio de la Redencion fué depositado en sus manos en la cima del Calvario. Por esto dice oportunamente el Damiano, que en María, con María y por María ha querido el Señor realizar los designios admirables de su misericordia sobre el género humano. Y este destino sublime de María, quiso el Señor hacerlo entrever á los mortales por entre la oscuridad de los tiempos desde las remotas edades. Peca el primero de los hombres: rompe el lazo que le uniera con el Criador y arrastra á su posteridad al abismo de la mayor desgracia. ¿Que le queda ya despues de haber manchado la blanca estola del bautismo? Solo esperar en la misericordia de Dios, y esta misericordia no le es negada. Dios habia criado al hombre para tener

con él sus complacencias, le ama, se compadece de su infeliz y lastimoso estado, y hace resonar su voz en el Paraiso ofreciendo el remedio: y María, señores, va ya envuelta, digámoslo así, en este pensamiento de misericordia. ¿De que modo? Anúnciase una Eva reparadora, que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente, y esta segunda Eva, esta mujer anunciada por los labios del Omnipotente, es María que se presenta ya á los ojos de los primeros padres como el lucero hermoso que ha de proceder al claro y refulgente dia de la reparacion humana.

La humanidad se multiplica y con ella los vicios y las maldades. Toda carne corrompe sus caminos, y Dios envia un diluvio que hace perecer á todos los vivientes desde el hombre hasta los animales, desde el ave hasta el reptil. Solo se exceptuan del terrible castigo Noé y su familia, únicos justos que existian sobre la tierra. No por esto concluyen las maldades de los hombres: vuelven á multiplicarse y llegar en su mayor parte á olvidar las nociones de la ley natural grabada por Dios en el corazon de los primeros padres. La ley escrita sucede á aquella y Moisés baja de la montaña santa, teniendo en sus manos las tablas donde estaban escritos los preceptos que debian practicar los hombres. Mientras la mayor parte de la humanidad se entrega á la idolatría, solo un pueblo reconoce y adora al verdadero Dios. En este pueblo escogido suscitó el Señor, Profetas que renovasen las promesas, y que declarasen las circunstancias, los caracteres y hasta el lugar donde habia de verificarse el nacimiento del que habia de venir á borrar con su sangre la escri-

tura de la maldicion del mundo. ¡Cuán suspirado fué este dia! ¡Cuántos clamores elevaron al cielo los patriarcas y demas justos del Testamento antiguo! Como que era el dia en que habia de hacer el Señor la sublime manifestacion de su misericordia. Pero antes era necesario que la tierra que solo habia producido espinas y abrojos produjese un vástago precioso, un corazon purísimo, una criatura, en fin, que mereciese las miradas del Omnipotente, que en una palabra hallase gracia en los ojos del Señor.

Verdad es, mis señores, que habian aparecido justos sobre la tierra, pero todos estaban inficionados en su origen. La Aurora del dia de la redencion era una mujer segun el anuario del Paraiso, el vaticinio de Isaías y de otros Profetas. Ni Esther, ni Abigail, ni Judith, ni Débora, ni ninguna de las otras heroínas del antiguo pueblo, pudieron hallar gracia en los ojos del Señor, porque todas traian marcadas en la frente la inscripcion de su desgracia. Habia de ser una obra nueva y admirable de Dios (1) y esa nueva criatura es María, mundo especialísimo, dice San Bernardo, que Dios cria para sí (2) Y si su anuncio en el Paraiso es un anuncio de las misericordias del Señor, su creacion es el preludio de la realizacion de estas misericordias.

Contemplad, mis hermanos, esta obra admirable de la diestra del Omnipotente, tan privilegiada, tan enriquecida de gracias, y fijad vuestra atencion en su destino. Ella dice de sí misma que el Señor la poseyó desde el principio de sus caminos (3), y

(1) Jerem. cap. XXXI, v. 32.

(2) S. Bern. Serm. de B. M. in illud: Ave Maria.

(3) Prov. cap. VIII.